

Auras rojas

II

Poco había variado la vida de Soledad desde el día de su unión con Fiacrán. Libre de los ajetreos del taller, suprimió la diaria caminata, que era su mayor martirio, por las persecuciones de que era víctima y los disgustos que le ocasionaban mozuelos y viejos verdes, que se cruzaban en su camino con piropos galantes.

Ella, como las otras, sufría la acometida innoble de que son víctimas todas las muchachas honradas que peregrinan del taller a la casa.

Como carne propicia para los relajadores de sentimientos y surtidores de prostibulos, sus perseguidores querían deslumbrarla con ofertas.

Ella sabía de esa obra ruin de infamias y cobardías. Ella veía a otras, antes honradas costureras, pasear en victorias, luciendo vestidos cubiertos de encajes; exhibirse por los girones donde pasea su ociosidad, destilante de relajaciones y de ignominias, la juventud dorada. Ella veía valer más al vicio, oculto en sedas y brocados, que la virtud que se muestra sin relumbrones, cubierta con el manto sacrosanto de la pobreza.

Y era en sus momentos de meditación, cuando limpiaba el misero nido y condimentaba el guiso cotidiano, que se sorprendía del cambio operado y venían en tropel a su mente todas las proposiciones ventajosas rechazadas, todos los hombres pudientes que le habían ofrecido un porvenir lleno de comodidades, que ella supo despreciar digna y altivamente.

Su dignidad, rebelde y orgullosa, su alto concepto del honor le hacían inclinar la frente ante la máquina, con tenacidad suicida, cerrando los ojos a las tentaciones, cerrando los oídos a las almibaradas promesas.

* * *

Y ella, la irreductible, la que no

supo oír promesas ni ruegos, fué conmovida por las epístolas sentimentales del joven visionario.

No era la esposa de Fiacrán, porque no se había sometido a los convencionalismos sociales; tampoco lo hubiera sido de los que le prometían lujo y comodidades. Con esos, el mal paso lo hubiera considerado una deshonra: con Fiacrán se creía honrada.

Sin grandes nociones sociológicas, era una mujer hecha de orgullos y rebeldías, en pugna con todos los convencionalismos sociales, que han envenenado las afecciones más íntimas del corazón humano.

No es otro el amor que han cantado los poetas de todos los tiempos en versos saturados de infinita ternura, sin leyes que son ligaduras de los corazones.

Sin someterse a esas reglas de prostitución lícita, que sancionan todas las legislaciones; a esa compra-venta de antagonismos, que la sociedad insensata hace base de su moral depravada, donde la dote es la suprema moral y se cotizan los sentimientos como en un mercado.

Sentimental, a pesar de la energía de su carácter, procedía por impulsos del corazón. El sentimentalismo jamás razona. Y amó al solitario de las reminiscencias tristísimas que supo decirle de amor y de esperanza y no de promesas y rumbosidades.

Jamás vió en él, sin embargo, al artista, al pensador que ponía toda su potencia intelectual, toda la fuerza de su espíritu al servicio de un ideal de humanidad, de armonía y de belleza.

No alcanzaba a distinguir sino al amante.

* * *

Una tarde, cuando conversaba con el amigo preferido de Fiacrán, explotó torpemente, cediendo a un arranque de mal disimulada amargu-